

AMOR  
EN UN  
CAMPO DE MINAS  
MILAGROS FRÍAS

algaida



Primera edición: 2013

© Milagros Frías, 2013  
© Algaida Editores, 2013  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: Grupo Anaya  
ISBN: 978-84-9877-961-5  
Depósito legal: SE-1776-2013  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

### PRIMERA PARTE

Capítulo I	
Los pinches griegos . . . . .	13
Capítulo II	
La tarde expira lánguida su último aliento. .	37
Capítulo III	
La luz que embellece lo narrado . . . . .	61
Capítulo IV	
Deseo de estar viva. . . . .	85

### SEGUNDA PARTE

Capítulo V	
Un espectro que se diluye fugazmente . . . .	109
Capítulo VI	
La arcadía perdida . . . . .	133
Capítulo VII	
Una vulnerabilidad conmovedora . . . . .	155
Capítulo VIII	
Negros presagios de catástrofes inminentes. .	179
Capítulo IX	
Hasta el último de los días. . . . .	203
Capítulo X	
Un campo minado que florece . . . . .	225

TERCERA PARTE

Capítulo XI

Pasiones que se esfuman . . . . . 241

Capítulo XII

Flotar fuera del mundo . . . . . 263

Capítulo XIII

El latido de lo invisible . . . . . 283

EPÍLOGO . . . . . 301

Mis facultades críticas me alcanzan para comprobarlo, y es para mí una satisfacción poder decirlo. El libro fue escrito con entusiasmo y, a ser posible, debería leerse de ese modo.

(Nota de Flannery O'Connor  
a la 2.<sup>a</sup> edición de *Sangre Sabia*).



# PRIMERA PARTE



## Capítulo I

### LOS PINCHES GRIEGOS

A LA HORA DE LA VERDAD TODO ESTÁ escrito. A eso los pinches griegos lo llamaban destino.

*LOS DETECTIVES SALVAJES*  
ROBERTO BOLAÑO

**M**E DESPERTÓ EL SOL EN PLENO ROSTRO, PERO SEGUÍ inerte como quien simula que está muerto para que no lo maten. Qué pereza recuperar la conciencia para situarse en un lugar y un tiempo anodinos. Con los ojos cerrados sobrevolé el horizonte cotidiano para lanzarme de cabeza al vacío, bucéé a gran profundidad en un mar de agua templada que me traía el eco de un mundo en el que fui un anfibio en miniatura.

Al salir y poner los pies en tierra me resultó fácil ubicarme, pero no grato. Abrir los ojos me bastó. Estaba tumbada en el sofá con la cortina descorrida para captar como los lagartos cada rayo de sol. Me costó más averiguar el tiempo que llevaba durmiendo pues al intentar fijar la mirada los párpados cayeron como telones sobre el

escenario. El sueño se resistía a dejarme volver de sus territorios y me boicoteaba un acto tan simple como discernir la hora interpretando la posición de las agujas en la esfera. Estaba tan desorientada como una brújula entre imanes. Y en mi cabeza los imanes fueron representantes de una religión sobre la que los expertos en futurología no se ponen de acuerdo.

Poco a poco la memoria recuperó el terreno perdido, recordé mi llegada a casa a las ocho de la mañana, la torpeza para abrir la puerta, el encontronazo con el pica-  
porte y, lo peor, un latido en la sien insoportable.

La guardia había sido de aúpa y no dispuse ni de unos minutos para sentarme con los pies en alto. Los timbres sonaron orquestados para no darnos tregua y a las cuatro cuando el dolor me taladraba la cabeza, Enrique, me dio dos comprimidos. La náusea y el mareo me hicieron sentirme como viajando en un coche, los ojos igual que platos tratando de aprehender los híbridos de árbol y poste que puntean las cunetas.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, me levanté, me duché y fui a la cocina a comer algo. El largo pasillo lo recorrí deambulando por un espejismo, en un tránsito agradable y desagradable a partes iguales. Muy etéreo, como si flotara, muy lento, como si chapoteara por un camino embarrado. El reloj de pared dio las cuatro. Había dormido casi siete horas.

Mientras hacía la comida, tomé café y un zumo y esperé a tener algo sólido en el estómago para probar con

otro analgésico. Acabé poco antes de las cinco. Pensé coger el coche y hacer algo. Pero me dio una pereza mortal.

En casa el tiempo se ralentiza hasta límites incómodos y al sentarme me percaté de que me hallaba en ese punto en el que la tarde puede hacerse interminable. En los canales de televisión una programación repetitiva me tuvo entretenida hasta que la apagué.

Salí a la terraza y al apoyarme en la balaustrada me puse soñadora, me pasa cuando me hago espectadora de un espectáculo que transcurre en mi interior, propiciado por mis ojos distraídos con un paisaje cotidiano que no tienen empacho en mirar igual que se mira al mar o al fuego o a la nada, maneras de mirar que no desgastan, solo tiran de archivo y proyectan imágenes de otros tiempos, recuerdos que quedaron a distintas profundidades y que inopinadamente afloran sin que sepamos a ciencia cierta qué los sacó a flote.

Estábamos a principios de mayo y la luz era una presencia tangible, polvo traslúcido diluyéndose en la onda expansiva de la explosión solar. El invierno, tan largo, me había resultado interminable, y eso que en febrero fuimos a París con los Gómez Ulla que así les gusta decir a Pablo e Isabel como si los apellidos fueran de rancio abolengo, aunque si vamos a la preservación en el tiempo, de rancio abolengo son todos, con generaciones de miserables intercaladas con otras de benefactores para la raza humana.

En fin que se empeñaron y fui, y en Disney encontré el genio de la infancia como se encuentra al genio de la lámpara en un cuento infantil y eso que lo creía perdido

para siempre, ¿o no es la madurez un cataclismo que destruye lo mejor de nosotros mismos?

Los niños consiguieron que no quedara una sola atracción sin visitar y se las sabían de antemano. Primero contagiaron a Pablo, que como buen padre se dejó contagiar, y luego a mí y contra todo pronóstico, sin que tuviera que hacer esfuerzo alguno.

El día de la despedida en el tiovivo nos arrastró la natural predisposición a la melancolía por lo que sabíamos percedero, los niños mejor que nosotros con ese sexto sentido que tienen. Nos alzamos sobre la feria al abrigo de la oscuridad tintineante de luces y brillos, acogidos en los compartimentos en los que agarrados evitábamos salir despedidos entre risas que la altura y la velocidad acentuaban.

El recuerdo surge tanto tiempo después como un sueño que reaparece, tras desvanecerse en la bruma de la vigilia, cuando creeríamos haberlo perdido, y se remonta a la niñez alargando el cordón umbilical que conecta con un tiempo anterior al tiempo en que nos encontramos. De ahí el vacío en el estómago, el vértigo, la música y el oropel tirando de la niña que fui hasta traerla a la inversa del más allá al primer plano.

Isabel pasó de los niños y se quedó en el hotel con Néstor que tampoco parecía muy entusiasmado, sumándose ambos a las comidas como haciéndonos un favor.

La duda retrospectiva es, si a Néstor no le apetecía, por qué me conminó a aceptar una invitación que yo hubiera declinado gustosamente. Los críos me pueden, me

miran y me desarman, me rompen los esquemas, me supera por goleada su persistencia para conseguir lo que quieren cansándote en un asedio fatal.

Pero ni siquiera con este viaje de por medio se acortó el lento transcurrir de los días que hasta la primavera parecen naufragar dejándonos varados y de octubre a abril pareció que hubiera transcurrido media vida, que mi trayectoria profesional y personal se hubiera empantanado para entrar en una etapa de consolidación que me cansaba, que me aburría. Me ponía la carne de gallina pensar que lo que me quedara por vivir, más de media vida, si se cumplían las estadísticas, fuera a ser más de lo mismo.

Tuve un deseo repentino de huir, de perderme en un lugar nuevo o de encontrarme en una ciudad conocida de esas que tientan con la permanencia cuando se las visita. Fue una rebeldía sin tino, que deseché con un movimiento de cabeza, pero que mientras duró aceleró mi pulso y puso la maquinaria que se moviliza cuando presentamos batalla a mi disposición para que pasara revista, y pasando revista a esa maquinaria anquilosada contemplé con lástima que mi atrevimiento había mutado, parecía que en vez de pasar cuatro o cinco años desde que me convertí en una pieza más del engranaje social hubiera nacido así, a punto para el desguace.

Me resigné a mi suerte que no era mala, había conseguido lo que siempre había querido, trabajar en un macro hospital, vivir con Néstor, en una gran ciudad, si tenía un hijo, Veronés Alonso serían sus apellidos, si era una hija, la

llamaría Sofía, como yo, me daba igual lo que opinara su padre. Y lo más importante, sabía a qué atenerme, tenía mi futuro controlado aunque el presente me aplastara como una losa.

Pero aunque no era probable que las cosas en lo sucesivo me fueran mejor de lo que me iban, tenía que reconocer que la insatisfacción no era una sospecha, apenas una sombra cerniéndose sobre mi presente como el aleteo de un ave carroñera, era algo más. Era un cerco material que restringía mi espacio vital, acotándolo al círculo mínimo en el que Néstor reinaba con una reina, yo misma, a la que un tonto haría ver que estaba desnuda aunque los cobistas oficiales le alabaran el traje.

No quería ponerme trascendente. Había salido a la terraza a expansionarme, a respirar el aire cálido que la primavera trae a ráfagas y que anuncia que el verano se aproxima, que tiempos venideros de plenitud nos esperan, que hay que sumirse en ellos mientras duren, como quien se zambulle en el mar sin tan siquiera probar la temperatura del agua con el pie.

La tarde tenía esa luz velazqueña que se prodiga en Madrid y que es única, si se respiraba hondo la nariz se impregnaba de aromas de buen tiempo, de campo. El horizonte era una paleta con la gradación de tonos que plasmarían el cenit y el ocaso de esa tarde que me gustaba mirar cuando aún era transparente.

Haciendo de tripas corazón, me reconcilié conmigo misma y con el entorno, aunque un momento antes mi pre-

sente me disgustara, abrí los ojos de par en par y dejé que la luz me alimentara. El sol me predispone a evaluarme con generosidad, sin ese eterno rigor que utilizo para conmigo cuando en la madrugada el insomnio no me deja dormir o cuando a ratos no hallo nada mejor que hacer que matar moscas con el rabo que es un dicho con el que en Maguncia se alude al peligro de la ociosidad.

Decidí bajar a la calle, convertirme en una de las figuras que motean las aceras dejando entre sí espacios caprichosos, distancias que encogen o estiran según el ritmo de los viandantes. Reparé en que a pesar de que la hora era propicia para el paseo no había ni un alma, ni siquiera coches. Otras tardes mientras miraba desde la terraza el trozo de calzada que se vislumbra, me gustaba comprobar el fluir de un tráfico que se iba engrosando según anochecía como un río vertiendo al mar. Uno de esos coches, el de Néstor, aparecería en algún momento. Entonces entraría a sentarme y simularía leer tranquilamente.

Me apeteció caminar un rato, abandonar la atalaya y ponerme a ras de los que corren, dan una vuelta o pasean al perro; tomar el pulso de la vida que late sin pausa en cada rincón de la ciudad, mirar los atuendos desenfadados y hasta pasados de moda, tropezar con unos ojos que sostienen la mirada, reconocer caras sin identificarlas. Caminar a buen paso hasta conseguir una respiración entrecortada, aminorar la marcha, comprobar que se está solo, experimentar un temor indefinido, o una sensación de paz que no todos los días son iguales. Buscar en quien se

aproxima un punto de contacto, mirar a los ojos, echar en falta ese vamos que solo tú has imaginado.

Pospuse el momento de sentarme en el sillón hasta las tantas, devanándome los sesos con el aburrimiento y todas esas bobadas que no hago demasiado por exorcizar. Me siento y pretendo que por el mero hecho de hacerlo la distracción esté asegurada y claro la mayoría de las veces no lo está.

Siguiendo el impulso antes de que pasara, puse a cargar el móvil, recogí la taza del café y me apresuré o no saldría que caminar me aburre.

Ni más ni menos ese fue el prelude de aquel día que quedó varado en mi existencia como esas estacas que flanquean las veredas y delimitan una propiedad sin necesidad de vallas ni verjas disuasorias, es en su insignificancia aparente en la que reside su notoriedad.

Todo empezó con un viaje fortuito, o no fue fortuito y en realidad se trató de una de esas cosas que ocurren porque tienen que ocurrir, porque en parte las propiciamos con nuestra actitud, porque de propiciarlas depende vivir con alicientes o sin ellos, y cuando nos damos cuenta la tela de araña que entretejen nos impide ver la realidad.

Era una tarde de primavera llena de luz y de fragancias, eso lo recuerdo, podría olvidarme de todo lo demás, pero de eso no, porque tuve una percepción intensa y porque lo que sucedió después me llegó tan de sopetón que dejó mi sensibilidad ya abotargada por la jaqueca, sin capacidad de reacción, como sucede cuando se produce la

muerte traumática del ser más querido, o cuando se desvanece de golpe ese primer amor que brota en la memoria y en el corazón a poco que arañemos la capa que lo envuelve, que lo aísla para que no se confunda con el envoltorio de la rutina que tiramos sin más al cubo de la basura que es el olvido.

A mediodía había hecho calor, pero a aquella hora la temperatura era un recordatorio de la época en la que estábamos, así que la chaqueta con la que había salido a pasear resultaba insuficiente. Me resistí a regresar para coger un abrigo. Me puse los guantes y me convencí de que andando entraría en calor.

Acababa de dejar la primera curva de la calle tras la cual mi casa desaparece y si alguien desde las ventanas me había estado espiando ya no podría verme. Era un acto reflejo, al llegar ahí, me venía este pensamiento y tenía que controlarme para no hacer la comprobación.

Solo que aquel día algo me obligó a levantar acta y al volverme vi que una cortina de uno de los pisos centrales, los más estratégicos, estaba ligeramente descorrida, correspondía a una de las ventanas del mirón oficial que querría fisgar sin mostrarse. Ya me había percatado de su presencia en el jardín cuando descolgaba la ropa del tendedero, ocupaba el banco idóneo para una observación exhaustiva, periódico en mano, oteaba el panorama interior de las habitaciones que parecían ejercer sobre él un influjo maligno del que no pudiera zafarse. Le vi sacar el móvil y luego desapareció de mi vista dejando el periódico tirado en el banco.

Proseguí andando y en el escorzo de girar al frente observé un coche que se acercaba, me fijé en la matrícula, aunque no me hubiera hecho falta verla para identificar uno de los prototipos que colecciona Isabel. Ella los llama así. Cuando iba a saludarla advertí que el que conducía era Pablo.

Me acerqué a la ventanilla para decir una obviedad y estar así junto a él unos segundos. Me gustaba y estaba segura de que yo a él también.

—En mi casa no hay nadie, en la tuya tampoco que acabo de llamar. Sube.

Él e Isabel viven en un chalé construido sobre las ruinas de un palacete a las afueras de Madrid, cuando Madrid era un páramo provinciano e indócil. Pero les gusta venir a nuestro piso que parece hecho a escala de su salón y a nosotros a su casa que es como viajar desde una isla al continente.

Mientras retrocedía para abrir la puerta y entrar, añadió unas pocas palabras que se perdieron y otra vez:

—Sube.

Quiero andar un poco, tendría que haberle dicho, pero ya había montado. Para contestar baja tú y damos un paseo que necesito moverme, ya no había lugar —para justificarme en una palabra—, ya era tarde. Renunciaría a mi paseo con tal de que pasáramos juntos un rato en esa extraña atmósfera que se crea en el interior de un coche cuando los que lo ocupan no han confesado lo que pretenden. Cerré la puerta y me abroché el cinturón.

Durante unos segundos nos quedamos pensativos, nuestras miradas sostenidas mansamente proporcionándonos el placer que da el abandono, el cese de hostilidades, la entente entre fuerzas que a poco que suceda un imprevisto no volverán a estar frente a frente, privándonos quizás de ese anhelo permanente del hombre de asumir pequeños retos que levantan esquivlas en el alma.

—Ahora te cuento. Espera. —Pidió mientras con la mano libre cogía el móvil y contestaba un mensaje.

Recliné la cabeza en el respaldo y me puse a esperar algo, no sé qué, mientras miraba la calle desierta, la serenidad de la tarde luciendo en todo su esplendor como una tea que jamás ha de apagarse, adiviné el sol en el horizonte aproximándose al punto cero, pugnando por mantener la incandescencia que alienta en el crepúsculo un hálito triste, aún la brasa al rojo vivo, la llama extinguida y noté una sensación de ansiedad... tal vez, sí, y, como decía el bole-ro, angustia y desesperación.

Por fin acabó de teclear y atendió a los espejos retrovisores que alternaba mecánicamente. Sentí una dulce borrachera en aquel espacio tan pequeño como si la proximidad física y la atracción sentida me animaran a soltarle un me gustas claro y rotundo, pero me reprimí porque él iba como si viajara solo, ausente, serio, el cuerpo en tensión, embebido en una tarea que no era la conducción, que resulta un acto mecánico cuando se circula despacio pues las calles adyacentes a la nuestra suelen ser tan tranquilas que casi se puede ir a tientas si están así de vacías.

Tendría algún problema que inopinadamente se cue-  
la en la rutina y nos sume de lleno en su resolución. A mí  
me pasa y es molesto, porque estoy distraída de lo que me  
ocupa y no estoy por entero en lo que me preocupa.

A lo mejor iba a pedirme un favor y no se atrevía,  
esa era una explicación plausible, tanto, que enfrió mis  
expectativas, pero tampoco mucho, no veía que conve-  
niencia podía llevarle a abordarme así, en plena calle don-  
de coincidimos por pura chiripa, que se hubiera molesta-  
do en ir a casa cuando podía haber llamado por teléfono  
asegurándose de este modo que nos encontraría a Néstor  
o a mí.

Me sobrevino un deseo imperativo de fumar, cruzó  
por mi pensamiento como un *flash*, recorriendo como el  
ocupante del cuarto piso la cortina echada para arrumbar  
el vicio, pero no subrepticamente como hizo él, sino con  
todo el descaro del mundo, dos años después de haberlo  
dejado, me resultó inconcebible. Imaginé que el humo de  
un cigarrillo rubio flotaba en el aire impregnando la nariz  
con un rico aroma, suspiré.

—Imagino que lo sabes.

Creí entender que susurraba ensordecida por el rui-  
do del motor que con la ventanilla abierta llegaba desabri-  
do amortiguando las voces.

—Espera un momento que no te oigo. —Rogué mien-  
tras subía el cristal, pero él no reaccionó hasta un buen  
rato después cuando pensé que ya no lo haría.

—No nada, ahora te cuento —dijo entonces.

Me mantuve expectante, codo con codo los dos, solos en el interior del coche, tan a punto de caramelo que supuse que había llegado la hora de decidirse. Y lo mejor. No lo había buscado sino que había salido al albur con las llaves de casa, el carné y los guantes, que se apuntaron a la excursión por su cuenta.

Recordé lo que me había costado decidir si dejaba una nota a Néstor pues no hacerlo me pareció una hazaña para mí que soy doña cumplidora y basta que no escribiera la dichosa nota para que surgiera una complicación, como de hecho había sucedido, aunque yo no lo llamaría complicación sino reto.

Sería fácil articular una coartada sin necesidad de ponerme trágica buscando disculpas rebuscadas. Cabía la posibilidad de que me encontrara a algún conocido y me quedara a charlar que para el desahogo dialéctico vale cualquier sitio, como de hecho había pasado. ¡Que esperara, concluí dejando la letanía, ni que me fuera al Polo a cruzarlo en solitario!

Siempre era yo la que se quedaba esperando hasta las tantas, condicionada por su ausencia, empezando a ver en la tele algo que dejaría a medias porque solía llegar en el momento más inoportuno, lo siento, era todo lo que se le ofrecía decir y gracias, y valía para un roto y para un descosido, para soltarme que al día siguiente se marchaba a París una semana o para avisar que un problema en el puente aéreo le impedía regresar a Madrid. Bien podía yo perderme media hora o cuarenta.

Pero todavía tardaría y no tenía ese frente abierto, así que mejor dejarlo sin cubrir, pero esto que era fácil de decir me resultaba difícil de hacer, me preocupo porque se preocupará, soy incapaz de comportarme como él que llega a las diez de la noche, dice que de trabajar. Conozco el despacho y a las siete todos los departamentos están vacíos. El derecho de entrar y salir a mi antojo lo tenía ganado.

Al cambiar la marcha me rozó el muslo y su mano como un cazador furtivo retrocedió rauda. En ese instante tenerlo cerca me estimuló aunque solo fuera para seguir tal como íbamos hasta no importa donde. Quería continuar, solo eso, estar allí, mirando la tarde primero, el crepúsculo después, instalarme en la noche cuando la oscuridad llegara y entrar en una dimensión en la que imaginar es el principio de un sueño que puede realizarse.

—¿Se puede saber adónde vamos? —pregunté.

—Si te digo la verdad no lo sé. Podíamos... —se cortó y volvió a dejarme a dos velas— ¡No me lo puedo creer! —añadió después de un rato.

Iba pendiente del retrovisor y miré por el de mi lado. Un Mini, uno de tantos que abundan en la urbanización como especie endémica sorteaba peligrosamente una bicicleta para adelantarnos.

—¿Te fijaste? —dice mientras le pita.

—Sí, qué prisas.

—¿Tienes que volver pronto? —pregunta cogiéndome la mano sorprendido por el tacto inesperado del guante.

—No, iba a dar una vuelta hasta la hora de la cena. Ya sabes hoy libro, bueno no lo sabes pero te lo digo yo.

—Ah pues estupendo entonces. Como te digo tengo...

—¿Sí?

—... Necesito hablar contigo, pero hacerlo serenamente, en un sitio donde nadie nos moleste, ¿te parece?

Nuestras miradas coinciden nuevamente. Tengo, había dicho en primer lugar, necesito corrigió, y no supe a qué carta quedarme.

Sin embargo cambió de actitud tan rápido que la cara fatigada y los labios apretados me hicieron pensar que le acuciaran los numerosos problemas que tiene con sus negocios inmobiliarios, que no fuera capaz de desconectar.

Volvió a presionarme fugazmente la mano antes de soltarla y la dejé apoyada en el asiento. Iríamos a un área de servicio de las que frecuenta en sus viajes a Bilbao. Faltaba que yo me pusiera estupenda en un arrebatado estúpido.

Decidí actuar con cautela que lo mismo me invitaba a tomar una caña para despejarse o tal vez estuviera solo, Isabel fuera, los niños con la abuela y no le apeteciera llegar tan temprano a una casa vacía, igual me lo dijo mientras subía al coche cuando no lo escuchaba, distraída como estaba paladeando el placer de que me hablara, de su cercanía y lo que quería era rellenar el hueco.

Su presencia me embargaba, no como nos embarga alguien con un ascendiente sobre nosotros, que eso sería

intimidación, o como alguien que actúa extralimitándose que sería avasallamiento, me embargaba con la misma sensación de grandeza que se experimenta al observar un espacio inmenso, una grandeza que tiene que ver con la pequeñez propia y que provoca indefensión.

Tenía ganas de reír y de llorar y ambas cosas, una u otra, la haría llegado el caso con la misma intensidad, dependía del vaivén de la sangre acelerándose, que al atardecer, dentro de la atmósfera que crean un hombre y una mujer en el interior de un coche, es proclive a la risa y al llanto según se presente el panorama.

El aburrimiento que a menudo me atenazaba se presentó como una evidencia que afloraría por el contraste con las expectativas del momento que estaba viviendo. Un coche avanzando hacia lo desconocido conducido por alguien que te gusta, nada más, sin proyecciones de futuro ni especulaciones que el destino está cerrado herméticamente como un *tupperware* en el que las cábalas se van almacenando al vacío.

Aún así, las hice. Podía pedir que se detuviera, y bajarme pero me quedaría la duda de si al haber abortado el viaje no estaría facilitando que mi sino se cumpliera al pie de la letra, que tal vez si no lo hacía descubriera etapas futuras de mi existencia más sugestivas que la presente, que ya estaba bien de poner puertas al campo, de no salirse de lo trillado, de lo esperado. Pero en la tarde incierta de primavera que ennegrecería al cabo de un tiempo no muy largo, no me atrevía a asegurar nada excepto que

no deseaba bajarme del coche al que quizás había subido para apearme de una existencia que me abrumaba, para sentir su presencia muy honda como la imagen invertida de lo hondo que la mía ha calado en él y que es perceptible por una dulce pasividad, por una manifiesta parsimonia en lo que se hace, en lo que se dice.

Me convierto en una esponja que trata de absorberlo todo y me concentro en los márgenes que me ofrece la calle por la que circulamos y por la que he transitado en innumerables ocasiones sin apenas fijarme en la llegada del otoño o de la primavera, sin mirar los árboles cuando se visten para la fiesta del buen tiempo, o su vulnerabilidad cuando se desnudan sin alharacas ante la inminencia del frío, primero una hoja, luego otra y otra, y cuando nos damos cuenta cubren el suelo.

Pablo se pone a toser, se atraganta y le doy unas palmadas cuando se inclina sobre el volante. Me da las gracias y su mirada es una ráfaga larga a la que contesto con otra de menor intensidad, para evitar la llamada, porque no tengo demasiadas pistas, por no saber si vamos a pasar el rato que sería lo más lógico, a tomar algo, y que tendría una explicación sencilla, me crucé en su camino, ya está, y me trajo para llenar un largo espacio de tiempo hasta que regresen los suyos; o quiere comprar un regalo a Isabel y me lleva de asesora o no quiera nada, solo seguir el impulso de decir al primero que pasa sube y yo fui la primera que pasó, como elige un francotirador a la víctima entre los transeúntes que cruzan de un lado a otro.

Vamos despacio, sigue mirando los retrovisores con tanta insistencia que tengo tiempo de discernir si los árboles son plátanos o álamos blancos, prunos o aligustres, son como personas, como hombres y mujeres, si aprendes a matizarlos, abres las puertas a un mundo donde los sentidos se aguzan y rastrean las estelas que dejan sentimientos apenas esbozados, apenas atisbados.

Me toca fugazmente la mejilla y un bienestar nuevo me invade, es un sopor, una ensoñación que me transporta físicamente lejos de donde estoy, pero solo ha sido un roce aséptico que puede significar, eso, la simpatía que nos tenemos.

Suelta el embrague y veo la mano ascender convencida de que si me muevo se romperá el hechizo pero se alza lentamente y se posa sobre el volante haciendo caso omiso de mi persona. Me ajusto los guantes. Pánico me da propiciar erróneamente una intimidad no pretendida por él.

Al final de la calle la intensidad del sol me hace cerrar los ojos y cuando los abro persiste el deslumbramiento. En breve el cielo se plagará de estrellas que serán como puntos suspensivos tan desorientadores como incitadores, que a saber qué incitación queremos para nosotros mismos, qué desorientación firmaríamos con tal de cambiar un destino cuyo rumbo no augura nada que no hayamos experimentado ya.

Nos giramos a la vez y los dos nos hemos turbado, y el caballo brioso que es el deseo, se ha encabritado y el corazón se ha puesto a latir furiosamente. Estoy cortada

solo de pensar que pudiera notar lo que bullía en mi interior y mi interior no sé si puede adivinarlo, pero lo que ha hecho ha sido percatarse de mi mirada y me ha correspondido con la vehemencia de saber que la aguantaré. Me he ruborizado y he debido de pasar del rojo al cárdeno como si me diera de bruces contra un poste de la luz.

—Me encanta estar contigo.

Me había dicho al oído en una ocasión delante de todos y fue un instante de felicidad tan pleno que pagaría por poder repetirlo descontando días de la vida que tenga que vivir. Pablo me gusta, me gustan sus manos, como recién lavadas, ni pequeñas ni grandes, ni bonitas ni feas, manos cuya personalidad es su carencia de singularidad, las uñas cortas y limpias, una alianza reluciente en la derecha, nada más. Estiro los guantes hasta donde dan de sí. A este paso me van a llegar al codo.

—¡Eh, qué pasa! —exclama.

Entre nosotros y el Mini se han interpuesto un Renault y un par de bicis, acaban de pasarnos, en una calle de dos direcciones y eso da idea de la marcha que llevamos. Está claro que Pablo no está en lo que está.

En el paso de peatones dos adolescentes cruzan demorándose. No hay apenas gente en la calle, es una constatación fehaciente en cada zona que transitamos, un hombre viene corriendo desfallecido, el ritmo cansino, el rostro exangüe, podría hacer de extra de una comedia urbana, y ese que pasea al perro a cámara lenta, fundiéndose con él en un mismo plano, componen una imagen beatífica. La

superficie tranquila de las apariencias. La bonhomía de la gente corriente capaz de atrapar en sus redes a los que como yo salen al azar, y suben a un coche en marcha para buscarle los tres pies al gato.

Nos incorporamos a la autovía y me distraigo mirando por la ventanilla sin atreverme a hablar. La voz dejaría traslucir la emoción que me produce estar a solas con él, un atardecer que está dejando de atisbarse, que dará paso a la oscuridad que se solidifica para atrapar entre sus garras a los incautos, pero que también puede hacer de cortina de humo, de polvareda que borre el rastro de una huida.

Suena el móvil y Pablo lo coge al vuelo.

Mira quien llama y sin descolgar lo guarda en un bolsillo donde sigue sonando hasta que los pitidos concluyen.

—¿Se te ocurre un sitio cercano? Se está haciendo tarde —dice alterado, y enfadado.

—Que si quieres lo dejamos, ¿eh? Por mí ningún problema —contesto contrariada. Falta que sea yo quien le ha sacado de sus casillas, yo que estoy aquí, como un monigote, esperando que se decida a no sé a qué. Me lo tengo merecido.

—No, mujer, un sitio cualquiera basta, estoy tan ofuscado que ya no soy capaz de pensar.

—Pues espera a ver. El primero que veamos, ¿no?

Pero ni caso, así que no sé para que me pregunta, pues ha desperdiciado dos salidas enredado entre los coches que en el carril de la derecha no le permiten incorpo-

rarse a esa velocidad. Hace un adelantamiento tras otro sin darse un respiro. Frena obligado por el camión que nos precede y no me estampo contra el cristal de milagro. Todavía no me he recuperado del susto cuando otro chirrido de frenos y un acelerón me deja definitivamente muda. Ya no puedo apartar la vista del tráfico adelantándose al accidente que vamos a tener si sigue así. Los bocinazos me atruenan los oídos.

Me cuesta no ser expeditiva y decirle frena, incluso ordenar, para, y bajarme aunque sea en mitad de la autovía, porque va como loco. Ya me dejó tirada el coche una mañana, en tierra de nadie, que eso es una vía rápida, un lugar inhóspito donde mejor no posar los pies, la velocidad de los coches, el viento que levantan al pasar, el estruendo de los tubos de escape, la fugacidad que los reduce a estelas espectrales, la certeza de que nadie parará a otro espectro, apenas una mancha informe de color indefinido.

Otro volantazo me descompone. Hace falta ser idiota para subir a un coche como he subido yo, unos gramos de adrenalina extra, más me valdría practicar deportes de riesgo los fines de semana, arrojarme desde el vano del viaducto más alto del país cogida por el cordón umbilical de un artificio. Reacciono.

—¡Eh, Pablo por qué corres tanto!

—¿No estás viendo lo que hace ese?

Con la mano señala insistentemente hacia mi lado, el conductor de un *jeep* se ha picado y se pega tanto que nos va a dar.

—¡Vamos, vamos!

La conducción es ya frenética como si alguien le azuzara mientras insiste con el índice en alto:

—¡Vamos, vamos qué esperas!

Suena un zumbido procedente de mi puerta y la empujo sujetando la manilla para comprobar si está mal cerrada. Nada más hacerlo me percató del enorme error que acabo de cometer. Volver a cerrarla es una lucha titánica a la que tengo que entregarme en cuerpo y alma para que no se abra arrastrándome con ella. Sostenerla me provoca en el hombro y en las muñecas la sensación de que me los arrancan.

A punto de salir despedida logro cerrar con un golpe seco justo cuando alcanzo a intuir que salimos proyectados, aterrorizada cierro los ojos y durante unos segundos horrorosamente lentos el coche se precipita al vacío.

Mis dientes entrechocan violentamente al plegarse las mandíbulas de sopetón, los chirridos y el ruido de cristales rotos me ha taladrado los tímpanos y luego un golpe, el de mi cabeza rebotando contra el techo, aunque más bien habrá sido al coche aterrizando al que corresponda ese plaf, unos segundos de calma, de silencio, parecía que nos parábamos y entonces hemos vuelto a rodar, hasta que por fin algo nos ha detenido.

He pensado en la montaña rusa, solo que el descarriamiento ha sido real, me ha costado retornar a la realidad, estoy apesada por el cinturón de seguridad, Pablo lo llevaba, pero ya no lo tiene, está desmadejado sobre el volante.

—¡Pablo, Pablo, Pablo, contesta!

Pero Pablo no contesta y eso me saca definitivamente de quicio, se me pasa la quemazón que noto en el tobillo y en el codo, me llevo la mano a la cabeza para descartar que el peso que tanto me agobia se corresponda con la presencia de algún objeto que se haya posado sobre ella en el último vuelco en el que milagrosamente el coche quedó en pie, quiero que Pablo conteste, que lo haga rápido, que no le haya sucedido nada si no me da algo.

Me pongo a llorar porque no quiero tener que enfrentarme a situaciones que no sé resolver, mientras me enderezo para verle la cara, me cuesta conseguirlo, cuando lo logro su rostro entre hilillos de sangre se muestra inexpresivo y los ojos, ¡Dios! No están abiertos, pero tampoco cerrados, son ojos de muerto, los he visto muchas veces en el hospital, se abre un intersticio acuoso, una ranura en sombra por la que acaso se entrevea el umbral del otro mundo.

Pongo la mano en su garganta tratando de buscar el latido de la aorta, pero mis dedos no registran palpito alguno. Los sollozos retenidos por miedo a asustar a Pablo, si podía ser consciente de mi llanto, se desbordan incontenibles.

